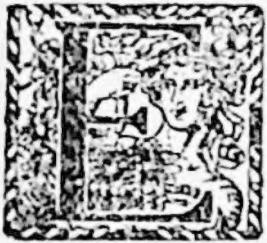


José M. Corredor

Notas sobre el existencialismo



L existencialismo es un tipo —de ninguna manera un sistema— de filosofía, que hoy día ha invadido el campo literario y que está siendo objeto de numerosas controversias, de múltiples ataques y ditirambos.

Jean-Paul Sartre (1) se ha convertido en Francia en un entusiasta divulgador del existencialismo; le siguen Simone de Beauvoir, Merleau-Ponty, Raymond Aron y todo el grupo de la revista «*Temps Modernes*», la más interesante y la más discutida de las nuevas publicaciones francesas.

Hay quien se asusta con el solo nombre de filosofía; quien sólo con escuchar esta palabra, ya imagina la pura abstracción, complicada, impenetrable, miste-

(1) La obra capital y doctrinaria de J-P. Sartre es «*L'Être et le Néant*», muy influida por Husserl y Heidegger. Sartre es un pensador de talento y sobre todo un gran escritor. Sus libros «*La Nausée*», «*Les Mouches*», «*Huit Clos*», «*L'Âge de raison*», etc., profundos y originales, reflejan también, desgraciadamente, una morbosidad casi incomprensible.

riosa. Con el existencialismo, ahora, el peligro es a la inversa: que su esencia metafísica se disuelva en juegos de palabras y en preciosismos literarios, y que pierda aquella densidad y seriedad intelectuales que habían conseguido infundirle Jaspers y Heidegger.

* * *

La concepción de la vida, del mundo, del hombre, que la filosofía nos presenta, no es siempre la misma. Esta concepción, durante mucho tiempo, habría querido reducirse a «una sola»—la segura, la definitiva, la inmutable. En el reconocimiento de nuestra limitación, de nuestra impotencia para descifrar—o para crear—una «verdad» invariable en todos los tiempos; en este reconocimiento, doloroso y sincero, se encuentra uno de los «substractums» básicos del existencialismo.

El hombre puede otorgar la primacía a una u otra de sus potencias espirituales, para enfrentarse al misterio del universo, y tratar de conocerlo y dominarlo.

La época moderna se había caracterizado por el predominio de la «ratio». El hombre moderno, hijo del Renacimiento, había hecho un voluntario acto de afirmación y se había entregado a la especulación metafísica, confiando en sus propias fuerzas, arrinconando abiertamente la escolástica y, más o menos discretamente, la misma Revelación. Descartes fué el primer héroe moderno del intelecto, el gran apologista del «more geométrico». No solamente nos dejó un método

para conquistar «las verdades claras y distintas»; nos dejó también su confianza: que al paciente esfuerzo del racionamiento, ninguna verdad, por recóndita que fuese se atrevería a oponerse.

La hegemonía racionalista, en el campo filosófico, no se ha prolongado hasta nuestros días. El existencialismo, en este aspecto, no constituye ninguna innovación.

La pérdida de confianza en el poder omnímodo de la razón viene de lejos, de muy lejos. Ya Kant, en la segunda mitad del siglo XVIII, llevó el análisis crítico hasta las últimas consecuencias. «¿Por qué—se había preguntado el pensador de Königsberg—en matemáticas podemos disponer de unas verdades incontrovertibles, y en el terreno filosófico fluctuamos sin conseguir la certidumbre definitiva?». La crítica kantiana—uno de los esfuerzos más gigantescos que registra la historia del pensamiento—dió resultados negativos en lo referente a la omnipotencia racionalista. Empezó a aparecer la terrible dualidad «objeto-sujeto», el mundo y nosotros, las cosas y el hombre, en una relación constante y obligada, pero también en una imposibilidad de penetrarse mutuamente.

El siglo XIX ya no tuvo un carácter estrictamente racionalista. Sin embargo, las filosofías del «absoluto» siguieron existiendo; toda una realidad histórica las impulsaba y las favorecía. El «idealismo trascendente» de los seguidores de Kant—Fichte y Hegel sobre todo—; más tarde, las variantes positivistas de Comte, de Taine, de Spencer. El «devenir» hegeliano y el

revolucionismo de Darwin, a pesar de sus diferencias, se vieron en la realidad coronados por una palabra mágica, por una palabra profundamente representativa de la segunda mitad del siglo XIX: el «progreso». ¿Qué importaba si la inteligencia estaba o no capacitada «para aclarar el todo»—como decía Chesterton—cuando el siglo ofrecía un panorama optimista, la confianza reinaba en todos los corazones y el progreso seguía y debía seguir una marcha ascendente?

En el último tercio de siglo, la personalidad vigorosa y desequilibrada de Nietzsche sacudía todos los cimientos y todas las esperanzas. (Kierkegaard—1815-1855—el progenitor del moderno existencialismo, había sido un fenómeno aislado, sin influencia inmediata). La voz patética de Nietzsche destacaba en un violento contraste, en medio del optimismo y de la confianza generales. El autor del «Zaratustra», recordando cuánto le había costado emanciparse de las sistematizaciones de Schopenhauer, enunció una fórmula decepcionada, reeditada más tarde por Bergson, por Heidegger, por Ortega y Gasset, por el mismo J. P. Sartre: «En el fondo de la voluntad de un sistema hay la voluntad de mentiras». Palabras que, como decía Lansberg, (2) constituían «un epílogo triste y sumario, una necrología de la gran época de las ilusiones».

(2) P. L. Lansberg, discípulo dilecto de Max Scheler, murió en el Campo de Concentración de Orianenburg poco antes de que terminara la guerra.

* * *

Vino la primera gran guerra y sus trágicas consecuencias. Europa perdió su hegemonía tradicional; su gran confianza en sí misma. Ya no había una realidad ambiental que supliera e incluso sobrepasara la incertidumbre nacida de las limitaciones del pensamiento. Ya nadie hablaba de «positivismo». Bergson, anti-positivista y anti-racionalista, obtuvo un éxito extraordinario.

¿En qué fundamentar la busca del absoluto, el deseo de conocer todas las verdades y de dilucidar los enigmas del mundo y de la vida? La devoción hacia el «progreso» estaba en plena bancarrota; la función limitada de nuestra inteligencia había sido proclamada muchas veces, y de nuevo y con una gran contundencia por Bergson. (3)

La situación angustiosa y difícil de la Alemania de Weimar podría contribuir a explicar el nacimiento del existencialismo? Es posible. Hay que tener en cuenta, no obstante, que el espíritu germano es el más sediento de absoluto; y que Max Scheler, Jaspers, Heidegger y el mismo Husserl representaron una ruptura violenta dentro de la tradición filosófica de su país.

El libro de Jaspers, «Filosofía de la Existencia», y sobre todo el de Heidegger «El Ser y el Tiempo» (publicado en 1927), consolidaron la nueva tendencia y le proporcionaron una gran resonancia.

(3) «L'Evolution creatrice», «Essai sur les données immédiates de la conscience», etc.

Filosofía desilusionada, alguien ha llamado al existencialismo. Sí, de cara a la aspiración de absoluto y a la pretensión humana de querer penetrar todos los misterios. «¿Por qué correr detrás de las sombras?»—había ya dicho en 1887 el filósofo germano W. Dilthey, uno de los precursores de la nueva escuela. «Ver claramente que el enigma de la vida es insoluble, que la sensación de perdimiento no tiene curación, es ya dominar nuestro destino; es sentirse en la verdad», escribía Ortega y Gasset en el prólogo de sus «Obras completas». (Observemos, de paso, que el pensador español tiene muchas concomitancias con el existencialismo, y que su libro «El tema de nuestro tiempo» es uno de los más significativos de la mentalidad contemporánea).

El ser y el tiempo... Heidegger renunciaba al problema ontológico—planteado desde tiempo inmemorial—a querer conocer la esencia de las cosas, por la sencilla razón que esta esencia inmutable es inexistente, y que no hay otra esencia—por lo menos accesible a nosotros—sino la que la vida va creando y transformando. El tiempo toma un valor inmenso y destruye los sueños ilusos de un absoluto invariable. La vida no nos ha sido dada de una manera abstracta; tenemos que vivir aquí, y en un momento dado.

El hombre es todo él libertad; libertad impuesta, de la cual no puede desentenderse. De ahí «el concepto de la angustia» de Kierkegaard, fruto de esta obligación de tener que decidirse, a cada minuto, en cada

lugar, desde la preferencia por una u otra silla en el momento de sentarse, hasta la discriminación de la mujer más seductora o de la actitud política más conveniente.

Y esta libertad, o mejor dicho, esta fatalidad humana de tener que decidirse siempre y de siempre tomar posición, no se ejerce en el dominio de la abstracción, sino en un mundo bien concreto, bien enmarcado por las grandes coordenadas de espacio y de tiempo. Heidegger precisará que es la nuestra una libertad en contacto siempre con una cierta «situación de hecho», Jaspers dirá en el mismo sentido que el hombre se encuentra siempre «en situación». Ortega y Gasset declarará. «Yo soy yo y mi circunstancia» ¿Qué sería «yo» completamente solo, en la pura nada? ¿Y qué serían el mundo y la vida sin «yo»?

Filosofía subjetiva, el existencialismo, que carga el acento sobre el hombre y su libertad ineluctable; que se aleja de las milenarias divagaciones sobre el ser, y concede al tiempo, a la época en que fatalmente hemos de vivir, una preeminencia decisiva. La vida es la gran señora, la gran dominadora; ella crea las únicas realidades que nosotros podremos conocer, y lo que es más trágico, las únicas que presenciaremos y condicionarán nuestra existencia. Hay que tener la valentía de aceptarla, esta vida sin la ayuda de trascendentalismos engañosos.

* * *

Evidentemente, una tal concepción filosófica no pretende descifrar el absoluto, no puede profetizar el absoluto.

No comprendemos los espavientos de Sartre ante la más leve insinuación de relativismo por parte de los adversarios y de los contraopinantes del existencialismo. «Bien loin d'être des relativistes, nous affirmons hautement que l'homme es en absolu» (4) Sí; pero esta afirmación no excluye que el existencialismo se desentienda e incluso niegue los absolutos terrenales o extraterrenales... que tantos y tantos hombres necesitan como un artículo de primera necesidad.

Por una consecuencia inherente a la misma condición humana, cuando uno se mueve dentro de los ámbitos elásticos del relativismo los peligros aumentan sin cesar. Hay que poseer un equilibrio interior muy sólido para no desmoralizarse, y no inclinarse fácilmente hacia las conveniencias particulares.

Puesto que, cualquiera que sea la posición metafísica, el problema moral está siempre planteado. El gran problema de las normas a seguir, en la vida individual y en la vida colectiva.

Y si no podemos contar con unas verdades seguras, idénticas en todos los lugares y en todos los tiempos —tal como se desprende de las tesis existencialistas— ¿en qué ha de fundamentarse nuestra conducta? ¿Cuá-

(4) «Les Temps Modernes», N.º 1. «Présentation», J. P. Sartre.

les han de ser las «ideas» primordiales y cuál la jerarquía de los valores? ¿Y cuál es la misión de lo que llamamos «cultura»?

Aquí el existencialismo—el auténtico—deja el camino abierto a una multiplicidad de direcciones, sin que forzosamente estas direcciones deban ser marcadas por el pesimismo o por la patología—tal como sucede en muchas interpretaciones literarias de nuestros días. Max Scheler, por ejemplo, como misión actual y fundamental de la cultura, insistía sobre la atención creciente que debe merecernos la antropología, el estudio completo del hombre; Ortega y Gasset viene defendiendo desde tiempo la utilización de la «razón histórica»; la historia examinada como un muestrario de experiencias triunfantes o fracasadas, y de las cuales no podemos desprendernos, porque constituyen los sedimentos de nuestras vivencias actuales. Pues incluso sin una profesión de fe en los absolutos, no por eso hemos de considerarnos como unos primarios, como unos coetáneos de Adán.

* * *

El existencialismo podría ser de una gran utilidad no sólo en los círculos específicamente filosóficos, sino también en el público en general, si consiguiera divulgar «el valor esencial de la época», a la cual fatalmente pertenecemos, de la cual somos por fuerza actores y testigos. Si pudiera demostrar a sectores cada día más numerosos, que el pensamiento contemporáneo no se li-

mita a elucubraciones grandiosas y estériles, sino que quiere dirigir sus miradas y sus investigaciones hacia la realidad de cada día, la nuestra, la de todos, la que todos hemos de vivir. Si eliminara las morbosidades inútiles y los infantilismos literarios para presentar la vida tal como es, con sus miserias y sus grandezas; y sobre todo, tal como podría ser en una época estricta y determinada—la nuestra—que, mucho menos que muchas otras, no admite el esconder la cabeza debajo del ala, ni el mecerse dulcemente en espera del «mañana mejor».

Ahora bien: los devotos, los divulgadores de una concepción filosófica deberían acentuar el sentido de responsabilidad, aunque se trate de una concepción filosófica que no se limita a malabarismos doctrinales. El sentido de responsabilidad debe ser más exigente en el caso actual, cuando el pensamiento quiere enraizar en la obligada realidad cotidiana. La influencia puede ser más directa y los peligros, por lo tanto, son mucho mayores. ¿Por qué en nombre del existencialismo reeditar escenas de novela naturalista, y hablar a diestra y a siniestra de «náusea», de «absurdo», de «angustia», de «desesperación»? En nombre del mismo existencialismo también podría hablarse de bondad, de abnegación, de entusiasmo, etc. De lo que no podría hablarse es de subsistir la doctrina a la realidad, de ignorar la fuerza creadora del tiempo, de despreciar la influencia vital de la época.

Una triste, aunque obligada realidad de nuestros días, es que, sobre todo en Europa, una «cura de desilusiones» es indispensable, a fin de evitar nuevas catástrofes; cuidado, pero, y más en nombre de tendencias filosóficas, con dejar las puertas abiertas al amoralismo, al nihilismo, a la indiferencia suicida. No; ver las limitaciones y actuar, trabajar y crear dentro de ellas. Si la charlatanería quiere continuar con promesas mesiánicas la seriedad filosófica debería mantenerse firme en los dos grandes interrogantes: aquí, ahora... «hic et nunc». La vida está «aquí», «ahora», y en la voluntad de preparar un mañana próximo. En el conocimiento de nuestro presente, de su perfil verdadero, de sus exigencias inaplazables, y en el sentido permanente de la libertad, es donde podemos encontrar las modestas, pero también las «humanas» posibilidades de salvación.

Montpellier, abril de 1946.